

ROVI Y MEL

Quiero
ser
tu
Persona
Favorita



Índice

Portada

Dedicatoria

Parte I. Comienzo de curso

Fuera de lugar

La parejita perfecta

Un hada madrina *hippie*

Preparativos

Transformación

La Fiesta del Milenio

Conversación en los baños

Infiltrados en las líneas enemigas

Caminando en una nube

Humillada

Parte II. Fin de curso

Decisiones

Un profesor muy particular

El bosque de Taurán

Solo un proyecto más

Otoño en el corazón

¡Desaparecido!

Una torre para un cuento

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre
parte

Com-

*A vosotros, que, aunque no
os veamos, os sentimos
con nosotros.*

Parte I

COMIENZO DE CURSO

Fuera de lugar

Sentir que no encajas en ningún sitio es desesperante. ¿Os ha pasado? Cata lo sabe muy bien, porque se siente así todos y cada uno de los días de su vida. Bueno, por lo menos todos y cada uno de los días de su vida desde hace un tiempo. El instituto le parece tan hostil y amenazador como podría parecérselo un cuartel, con sus absurdas normas, su disciplina y una valla que ya desde lejos no hace presagiar nada bueno. Ningún lugar agradable al que se fuera por gusto necesitaría de una valla así. Las asignaturas que en la infancia se le daban bien, aquí son de repente aburridas e insípidas. A lo mejor el nivel no es muy superior, pero ¡a Cata le cuesta tanto concentrarse en ellas cuando tiene que estar pendiente de un millón de cosas! Por ejemplo, de César, el chico que le gusta en secreto y por el que suspiran todas las chicas de Secundaria, o de Mayka, siempre dispuesta a meter cizaña y a fijarse en la ropa que lleva o en lo ridícula que parece, o de hacerse invisible en la clase de Educación Física —la odia— para que, con un poco de suerte, nadie se dé cuenta de que casi siempre llega la última en las carreras y que los saltos de longitud no son lo suyo... Es horrible el instituto. Es como si todo el rato tuvieras que estar pendiente de no hacerlo mal, de llevar el aspecto adecuado y de tratar de ser simpática o borde con las personas adecuadas. Es como si allí dentro se manejaran unos códigos que ella desconoce. Incluso el trayecto se le hace cuesta arriba, literalmente hablando, pese a que su madre se empeña en que son tonterías suyas.

Esa es otra. Su madre. Imposible tratar de razonar con ella. Desde hace un tiempo —casi el mismo que lleva en el instituto— se ponen de los nervios la una a la otra, la comunicación se estanca y Cata siente, por primera vez en su vida, que su madre, siempre tan pendiente de ella y de sus

hermanas, es ahora incapaz de comprender sus problemas. Su madre le dice que es la edad, que la adolescencia es una etapa complicada y que tiene que tratar de entenderse a sí misma primero, pero eso a ella no le vale. Sencillamente no le valen los discursitos de supermamá extraídos de foros de Internet. ¡Claro que se entiende a sí misma! Es su madre la que minimiza sus problemas, la que lo centra todo en las notas y en si trata o no de hacer amigos nuevos, como si esa no fuera su máxima prioridad, como si fuese tan sencillo, como si la culpa no fuese de sus padres, empeñados en cambiarla de instituto, privándola así de todas las amigas de la infancia y del colegio... Cuando lo recuerda, Cata siente ganas de llorar. Es injusto. Y encima, cada vez que saca el tema, sus padres defienden su decisión, argumentando que han hecho lo mejor para ella. ¡Para ella! ¡Pero si a ella nadie le ha preguntado! A ella nadie le dio a elegir. Un día, al acabar el curso, sus padres le comunicaron que habían elegido un instituto en la otra punta de la ciudad, nada del centro adscrito al colegio público al que llevaba yendo toda su vida. Un colegio de Secundaria concertado, caro, pijo y bilingüe. Allí las matricularon. Y no contentos con lo que podía haber sido un trayecto de media hora de ida y otra media de vuelta en autobús todos los días, decidieron mudarse más cerca del nuevo centro. A un nuevo barrio también más caro y más pijo. A un chalé adosado en una urbanización sosa, en la que —según su madre— debería estar contenta porque había muchísimas chicas de su edad. Así. Muchísimas. ¿Es que su madre no se da cuenta de que eso no basta? ¿De que esas muchísimas chicas, a su vez, ya se conocen del barrio pijo y del cole pijo de toda la vida? ¿De que llevan yendo a cumpleaños y a extraescolares y sacando al perro y montando en bici y patinando TODA su vida juntas? Lo que pasa es que su padre ha ascendido en la empresa y cobra algo más, y a los dos les ha apetecido el cambio de aires. Cata tiene la sospecha de que son sus padres los que quieren hacerse con un nuevo núcleo de amigos en el nuevo barrio, y pretenden que sus hijas sean la excusa para empezar a establecer relacio-

nes. Pues lo llevan claro con ella. No es tan fácil meterse así de repente en un grupito ya formado. Y menos si no eres la más guapa, o la más interesante o la que siempre sabe lo que decir... Y no es su caso. Cata es muy tímida, terriblemente tímida. Y en cuanto al aspecto físico, se considera tirando a fea, pese a que su madre le asegura siempre —con bastante poco tacto— que es del montón (¿Del montón de qué? —piensa ella— ¿Del montón de las feas?). No tiene nada especial. No es ni muy rubia, ni muy morena, ni muy pelirroja ni muy nada. Nunca sabe cómo llevar el pelo. No soporta las planchas que sus compañeras manejan con soltura de profesional. No le dejan maquillarse, lo que podría haber ayudado un poco, o ¿quién sabe? Quizá tampoco iba a servir de nada, porque es imposible no reparar en estas gafas de pasta redondas que tanto odia. No le gustan nada sus dientes, y trata de no sonreír bajo ninguna circunstancia para evitar mostrarlos al mundo. Le sobran unos kilos —muchos— e intenta camuflarlos bajo chándales y ropas holgadas que le hacen parecer siempre como vestida de andar por casa... En fin, un cuadro, en su opinión. Hace algún tiempo que Cata piensa en secreto en ponerse a dieta. Pero no una dieta de esas de endocrino que le ha propuesto su madre la primera vez que se lo ha sugerido. Por favor..., ¿de endocrino? ¿Cómo cuentas eso en el cole? Sus compañeras de clase hacen las dietas de nombres exóticos que siguen las *celebrities*: la del Pomelo, la de la Piña... Cata aún no se ha armado de la fuerza de voluntad necesaria, porque la comida, y los dulces, y el chocolate, y el Nesquik calentito saturado de galletas y la leche condensada son de los pocos pequeños placeres que le quedaban. Cuando siente ansiedad, come. Cuando se siente depre, come. Cuando las cosas van mal o alguien le hace algún comentario desagradable, come; cuando César la mira de reojo con esa sonrisa que parece estar riéndose de ella, come; cuando está triste o suspende o trae una nota del profesor de turno, come. La comida es lo único que aún no le ha decepcionado. Aún. Así que no está dispuesta a prescindir de ella. Aún.

Es el segundo año en el cole nuevo. Durante el primero aún se había hecho ilusiones de que las cosas podían cambiar, pero ahora, a medida que pasa el tiempo, la posibilidad de integrarse es algo cada vez más remoto, y Cata ya casi se ha resignado a que así sea. Si el primer año ya te han etiquetado como la rara, es muy difícil salir de ahí, y si no fuese por la vergüenza horrible que sigue dándole confesarle a sus padres ese... no sé... ese fracaso a la hora de acoplarse a la nueva realidad, les habría pedido entre lágrimas que la cambiasen de instituto. Quizá volver al de su antiguo barrio, donde podría coincidir otra vez con sus amigas de toda la vida. Echa de menos a Natalia, y a Adriana y a Marta. Todos sus juegos y sus pequeñas intrigas le parecen tan lejanos y tan ingenuos... Tan infantiles. ¡Cómo los añora! Tiene la sensación de haberse enfrentado por primera vez a la vida de los adultos, a la vida real, y no le ha gustado nada. Y se pregunta, con un desánimo infinito, si siempre será así...

Además, tampoco es que tenga claro que sus padres vayan a escuchar sus ruegos. A veces tiene la inquietante sensación de que su madre ha dejado de ser su aliada incondicional para convertirse en su enemiga. Al principio le ha dolido, pero ha acabado por aceptarlo. Es lo que hay. Punto. El descubrimiento la ha sumergido en una situación de vulnerabilidad y desamparo. De alguna manera, Cata se siente sola y desprotegida, pero es demasiado orgullosa para reconocerlo, así que hace ya algún tiempo que ha decidido que es mejor apretar los dientes, sacar fuerzas de donde sea y tirar para adelante. Odia sentirse débil. Y, a veces, se da cuenta de que donde ella ve su propia tristeza y el esfuerzo infinito que hace para salir de ella, los demás solo ven soledad, antipatía y su incapacidad para comunicarse con los demás. Injusto. Es todo tan sumamente injusto...

—Cata, ¿tienes todo listo?

Cata suspira. Claro que tiene todo listo. Lleva años siendo la primera en terminar de desayunar, lavarse, vestirse y

estar preparada para salir, por poco que le apetezca. ¿Por qué su madre tiene que preguntárselo todos los días?

—Cata, ¿me estás oyendo?

—Síiiiiii...

—¿Y se puede saber por qué no contestas?

Cata pone los ojos en blanco y recoge la mochila con sus libros para echársela al hombro. Sus hermanas bajan por la escalera, charlando aceleradas, entre risas, como si la perspectiva de pasar una mañana más en el instituto fuese el mejor de los planes.

—Cata, cuélgate bien la mochila, por favor.

Cata se cambia la mochila de hombro. Ahora la que suspira es su madre. Pero sabe que no tiene tiempo de discutir o llegará tarde al trabajo. Cata amaga una sonrisa. Bien. Uno a cero.

—No sé por qué te empeñas en hacer las cosas tan difíciles desde por la mañana, Cata, de verdad.

Y luego el nombrecito, ese odioso nombre de Cata. Si la oye decirlo de nuevo, no está segura de poder contenerse. Su padre, al menos, ha escuchado sus súplicas y la llama Catalina, que no es que la apasione, vaya, pero al menos es un nombre, aunque sea del siglo pasado, y no una abreviatura ridícula como para ganar tiempo.

—Venga, niñas, os veo luego, que tengáis un buen día.

Su madre desliza un beso fugaz, de labios recién pintados por sus mejillas. Cata no se lo devuelve, y a su madre no parece importarle, lo que, sin saber bien por qué, le produce una sensación de tristeza aún mayor. Las cuatro salen de casa juntas. Su madre se queda cogiendo el coche y ella y sus hermanas emprenden el camino hacia el instituto, como todas las mañanas. Dani y Chloe van delante, hablando de sus cosas, entre cuchicheos. Dani y Chloe. ¿Por qué? ¿Por qué es ella la única con un nombre pasado de moda, como de tía solterona? ¿Por qué ellas son las únicas que tienen diminutivos interesantes o nombres cortos que suenan bien? Sus hermanas son poco mayores que ella. Nunca se han llevado excesivamente bien, pero ahora parecen haber inaugurado una época de confidencias y buen rollito

que a Cata le pone de los nervios. De hecho, está prácticamente segura de que hace un tiempo que ellas también la evitan. Sus risas, sus conversaciones, su desenvoltura, el tipito esbelto de la una y la melena larguísima de la otra — con mechas, por cierto— las sitúan también en otro plano. Las admira y las envidia a partes iguales. Y se siente un poco mezquina cuando nota que le escuece un poco su felicidad.

—¡Cata!

Su madre la llama desde el coche. Las tres se vuelven. Cata se sorprende porque parece un mensaje privado solo para ella. Quizá una disculpa. Quizá solo un beso bien dado, ese beso que tanto la reconfortaba de pequeña las mañanas de exámenes en el cole, y que ahora, no sabe bien por qué, a veces rehúye.

—¿Te has dado cuenta de que hoy es el último día para matricularse en Deportes?

—¿Qué?

—Hija, ¿es que tengo que estar yo en todo? A ver si te centras un poquito en tus cosas, que ya eres mayorcita. Hoy es el último día para inscribirse.

Vaya. Vuelve la vieja fijación de sus padres por que practique un deporte que le haga sentirse aún más ridícula y más patosa. Pensaba que lo habrían olvidado.

—¿Has elegido ya uno?

«¿Susto o muerte?», piensa para sus adentros, pero sabe que su madre no está para bromas.

—Pues...

—Pues entonces, coge voleibol y ya está. Es muy femenino, ejercitas todo el cuerpo y podrás seguir practicando luego en la playa, en verano. Estarás guapísima.

Definitivamente, ¿su madre no tiene ojos?

—¿Voleibol?

—Sí, voleibol. Si te da igual uno que otro, este es de menos impacto que el baloncesto. Y te ayudará a perder unos kilitos —su madre baja un poco la voz desde la ventanilla del coche, como si la conversación no hubiera sido suficien-

temente embarazosa hasta ese momento— y a socializar un poco y conocer gente nueva, hija...

—¿Es imprescindible mantener esta conversación aquí?

—¡Ay, Cata, hija, qué arisca estás!

Su madre arranca y tuerce a la derecha para tomar la autopista, dando por zanjada la conversación. La decisión está tomada. Cata la ve marcharse mientras trata de imaginarse a sí misma con la camiseta de tirantes, el pantaloncito corto y la cola de caballo de las jugadoras de voleibol. «No lo veo», piensa desanimada, y mientras continúa su camino hacia el colegio, se reafirma en su secreta opinión de que, cuando las cosas parecen ir mal, siempre, siempre, siempre pueden cambiar a peor.

La parejita perfecta

Ted se mueve con soltura por los pasillos del instituto silbando con insistencia la última melodía que tiene en mente, para que no se le escape antes de que pueda sentarse tranquilamente a plasmarla en ritmos y notas. Es buena, piensa. Un rap machacón e inconformista, salpicado de palabras malsonantes, de esas que inducen a pestañear a los padres que se hacen los modernos con sus hijos. Sonríe. Sus dedos tamborilean sobre la barandilla de la escalera, mientras baja los escalones de tres en tres. Él no lo nota, o quizá esté ya acostumbrado, pero a su paso, rápido y despreocupado, el pasillo se abre, como el mar Rojo ante Moisés. La mayoría de las chicas ahogan un suspiro y aprietan fuertemente la carpeta sobre su pecho, rezando por robar una de sus miradas oscuras y penetrantes. Bueno, vale, quizá no sea tan exagerado, pero se le parece mucho. Los chicos también buscan el contacto visual. Un simple y masculino «Uh, chaval», un arqueamiento de cejas o unos nudillos entrechocados en marcha, porque eso significa que forman parte de su grupo de colegas, que se mueven en su órbita. Y créeme, la órbita de Ted es el sitio donde a todos los alumnos de Secundaria, desde los trece a los dieciocho años, les gustaría estar.

Ted no se llama Ted, por supuesto, pero a nadie le importa, porque es el nombre que él ha escogido y su decisión se respeta por unanimidad y con una disciplina envidiable. Incluso los profes le llaman Ted. Ted es el nombre que utiliza para sus composiciones, y el que usa en la banda con la que hace sus pinitos musicales de fin de semana en los garitos del barrio, aspirando a saltar al circuito alternativo de la ciudad. Ted y los *Miniyos*. Tres frikis, dos cantantes de gestos agresivos y un DJ iluminado, con gafas de sol, sudaderas de capucha y vestimentas amplias. No se

trata de un ataque de egocentrismo en absoluto; es, sencillamente, que a los otros *Miniyos*, como a todos, les gusta parecerse a Ted.

Ted es también el nombre con el que plasma su firma en la ciudad. En las cocheras de los autobuses, en los cierres metálicos de los grandes almacenes, en la fachada de los edificios oficiales... TED. En mayúsculas. Con letras afiladas que parecen sacadas de las estelas del Imperio romano. La D semeja una flecha, un recordatorio de que hay que avanzar, de que nunca hay que dormirse, de que siempre, vengan las cosas como vengan, hay que tirar para adelante. TED. Así. En rojo, para que resalte. Un nombre corto, fácil de recordar y rápido de ejecutar por si aparece la policía y hay que salir por piernas, enfundados en los pasamontañas de lana, que confunden a los agentes y les dan un aire suburbial y clandestino. Cuando esto ocurre, el nombre de TED es el único que campea orgullosamente escrito sobre la pared de turno, mientras los ridículos nombres de Marsupio, Bullet o Renkor quedan a medias, inacabados, como mensajes abortados en la pared. Pero no en cualquier pared. Ted tiene sus propios códigos. Solamente hace gala de su vocación artística en las fachadas de los edificios oficiales o grandes centros comerciales. De los primeros considera que, si se pagan con el dinero de todos, todos tenemos derecho a expresarnos sobre ellos, como ante un lienzo en blanco. De los segundos opina que les sobra pasta para mandar limpiar los grafitis que, madrugada tras madrugada, adornan sus entradas. En ocasiones —no muchas— su firma borda mensajes vagamente reivindicativos: «Ni un paso atrás, ni para coger carrerilla», «La calle es nuestra», «Nuestros sueños no caben en vuestras urnas». Esa es su favorita, pese a que aún no ha alcanzado la edad legal para votar. Pero eso es solo a veces. Cuando tiene el día solidario y considera que el arte debe ser un ejercicio de expresión al servicio del pueblo. O algo así.

Porque a Ted, a veces, le gusta sentirse como un Robin Hood urbano y marginal. Le atraen las causas perdidas; no puede evitarlo, y si tuviera algo más de valor probablemen-

te se lanzaría a robar a los ricos para entregárselo a los pobres. Intercede en peleas de pandilleros, entabla conversación con los mendigos que malduermen entre cartones a la entrada de los cajeros... Hasta el momento, su desconcertante actitud le ha hecho salir bien parado de innumerables injerencias en vidas ajenas. Pero eso no se sabe mucho en su entorno. No porque él lo esconda o se avergüence de su faceta de «alma caritativa», sino porque la gran mayoría de sus compañeros de instituto jamás pondría ni un solo pie en la parte de la ciudad de la que él procede. Y eso, de día.

Ted no es un niño bien nacido en las urbanizaciones que rodean el colegio de pago. De hecho, el colegio concertado es una baza que su padre le ganó a su madre y que ahora, tras la separación de ambos, amenaza con esfumarse. Tiene un trecho desde su barrio de mala reputación a la zona VIP de la ciudad. A veces lo hace en bus, a veces camina o va en bici. O en su moto de cuarta mano. En ocasiones, ni siquiera va; solo hace ver en su casa que se dirige hacia allí. A Ted le da igual por él; es su último año, pero le fastidia por Leo, su hermano menor, que apunta ya hacia una adolescencia rebelde y contestona. Su instituto no es un mal sitio para estudiar. Hay un plan académico medianamente decente y un puñado de profesores vocacionales y entregados. Hay una buena revista escolar y locales en los que ensayar. No es idílico, por supuesto; también hay profesores que le tienen enfilado y compañeros con los que no tiene absolutamente nada en común, pero, pese a ello, él le tiene cariño. Quizá porque dentro de poco tendrá que abandonarlo rumbo al inicio de una vida adulta que le atrae y le repele a partes iguales. Le fastidia que la mayoría de sus compañeros identifiquen el lugar con una cárcel, dejándose llevar por la masa y sin criterio propio, cuando el tiempo pasado allí y las experiencias acumuladas probablemente estén conformando en un porcentaje importante sus personalidades futuras. Él aún no sabe qué quiere estudiar. Ni siquiera si le apetece seguir estudiando. De hecho, desco-